



# Las mujeres de Buenos Aires

Autor:

Dreier, Katherine. Luciani, María Paula (trad.)

Revista

Mora

2010, N°16, pp. 154-161



Artículo



# Las mujeres de Buenos Aires<sup>1</sup>

Katherine Dreier

Me gustaría dar mi impresión al lector que no conoce América del Sur sobre las pocas mujeres que caminan por Buenos Aires exceptuando las horas entre las cinco y las siete de la tarde, cuando hacen sus compras o pasean por la calle Florida, su Quinta Avenida. Florida es una calle tan estrecha que durante estas horas de congestión no se permite pasar a los vehículos y se transforma en peatonal. En ese momento las jóvenes se encuentran con sus amigos y tienen la oportunidad de saludarse mutuamente. Porque debemos recordar que ninguna jovencita tiene posibilidad de hablar a solas con un hombre, a menos que esté comprometida con él. Ella puede saludarlo en la calle y estimo que mantienen un lenguaje de miradas, porque no entiendo de qué otra manera se las ingeniarían para llegar alguna vez a comprometerse, si nunca se les permite hablarse entre sí, salvo que esté presente una tercera persona.

Esta actitud, absolutamente importante para que una mujer se case, es casi incomprensible. Recuerdo una tarde en la casa de un conocido cuya hija deseaba conocer América del Norte. Pertenecía a una familia muy distinguida pero venida a menos y que, como no estaba casada, debía mantenerse. Se sentía muy limitada en el trabajo que se le permitía hacer para ganarse la vida, porque tenía que hacerlo tan discretamente que las personas comunes no supieran que estaba en una posición en la que tenía que ganarse la vida. Eso empezó a afectarle los nervios, deseaba ir a un país donde nadie la conociera y donde pudiera ganarse la vida con libertad. Su madre estaba completamente consternada por este capricho y

creía que eso interferiría con cualquier oportunidad de casamiento. Traté de explicarle a su madre que su hija correspondía al nuevo tipo de mujer soltera, que en general no quiere casarse. Como era extremadamente hermosa, le di a entender que si su hija fuera a los Estados Unidos, seguramente tendría muchas oportunidades, aunque no creía que las aceptara. "Después de todo", le dije, "no es tan terrible, seguramente que en su familia o en la de su esposo, o de algún pariente, hay alguna mujer soltera". ¡No! ¡Nadie de su familia había quedado soltera; nadie conectado de alguna forma con ellos había quedado soltero; y era una terrible calamidad que tales caprichos entraran en la mente de su hija! Le dije que debería ser duro para ella. Afortunadamente para mí, yo pertenecía a una familia que, hasta donde recordaba, estaba acostumbrada a semejantes excentricidades, y además, que las solteras habían estado muy conformes con sus vidas. Pero eso no sucedía en Sudamérica. En América del Sur se educa completamente a las muchachas para que se casen. Para una mujer moderna, es desagradable ver que a pequeñas de siete y ocho años piensan en la belleza, y he visto a una niña de diez años, durante el Carnaval, cenando a la medianoche con su padre y un pequeño de once años en un restaurante de moda. Ella tenía todos los modos de una mujer de mundo, pellizcándose y empolvándose, torciendo sus pequeños brazos para que la luz se reflejara mejor en su brazalete y en sus anillos, y su padre, encantado. Recuerdo la desesperación de una mujer muy elegante que daba clases particulares, ante la actitud de la madre de una de sus alumnas, que

<sup>1</sup> Dreier, Katherine (1920). *Five months in the Argentine. From a woman's point of view. 1918-1919*, New York, Frederic Fairchild Sherman, pp. 123-126.

era muy ambiciosa. Esta madre estaba horrorizada ante las ansias de conocimiento que tenía su hija. Odiaba verla leer todo lo que fuera serio, pero permitía que leyera todas las novelas francesas que se pudieran conseguir en Sudamérica, y de las peores, no de las mejores. Cada vez que encontraba a la niña leyendo algo serio que de alguna manera había logrado contrabandear dentro de la casa, la madre lloraba: "¡Querida, aleja de ti ese libro horrible inmediatamente! ¡te pondrás vieja y arrugada antes de tiempo y nadie querrá casarse contigo!". La mujer promedio en la Argentina tiene solo dos intereses: parece manejar únicamente dos cuestiones: el amor y la maternidad.

De todo lo que pude saber, la educación de la joven mujer argentina de familia rica, consistía en saber tan poco como fuera posible de lo fundamental, pero aparentar ser brillante en sociedad. Muchas de ellas escriben versos encantadores; otras cantan con un aire casi profesional de soprano operística. Una chica debe estar adiestrada pero no educada.

Esta forma de educación hace que una chaperona sea esencial. He visto a acompañantes tan preocupadas por sus protegidas que si se escabullían por un segundo para susurrarle algo a su joven, sientan deliberadamente a una hermana entre la joven y el hombre que, habiéndose fijado antes en ella en el cine, se había asegurado un asiento en la misma fila. Esta separación de los sexos hace que muchos hombres jóvenes, aun sin ninguna intención de casarse, se comprometan solamente para tener una casa a dónde ir por las tardes. Esta actitud se aprecia especialmente entre los hombres solteros que hay en Buenos Aires flotando en la marea de los negocios, ya que es imposible tener acceso a la vida de familia sin estar comprometido. Luego, cuando se harta, el muchacho sencillamente no regresa una noche, y luego de una semana la familia se da cuenta de que se ha roto el compromiso. Parece difícil para la chica, excepto cuando ella juega el mismo juego. Pero si uno tiene en mente que la joven argentina promedio es criada con la sola idea de casarse—porque el casamiento, y no la felicidad, es lo importante—se puede intuir el golpe que significa para ella.

Ahora bien, cuando el compromiso se toma en serio, se toma realmente muy en serio. Un pequeño y triste incidente tuvo lugar mientras yo estuve allí, en

el círculo que frecuentaba. Un joven, impulsado por espíritu de malicia, robó de la habitación de un amigo la fotografía de su la hermana de este amigo. Como está absolutamente en contra de la etiqueta en la Argentina que un joven lleve consigo la foto de una mujer joven sin estar comprometido, esta acción dejó a la joven, a la que no conocía, en una posición muy precaria. Ella ni siquiera conocía al muchacho. Todo se hizo con ánimo de provocar daño, lo que tuvo su clímax cuando él mostró el retrato a un grupo de jóvenes hombres, diciéndoles que era un retrato de su prometida. El no sabía que la joven ya estaba comprometida y que, desafortunadamente, su verdadero prometido estaba presente cuando mostró el retrato. Una puede inmediatamente imaginar la consternación en el corazón de un argentino al ver que otro hombre muestra la foto de su futura esposa como novia de su rival. Tan furioso estaba el auténtico prometido que tuvieron que pasar meses hasta que pudiera controlar su ardiente temperamento sudamericano, incluso para acercarse a la casa y averiguar la verdad. La pobre joven, inconsciente de la causa de abandono tan repentino, cayó enferma y no fue sino hasta que su padre buscó al joven y le preguntó por los motivos de su frialdad que descubrió lo que había sucedido. Al principio, no pudo obtener nada del apesadumbrado amante pero, poco a poco, ganó su confianza y le contó la historia. No hace falta decir que la pareja se unió felizmente, pero eso fue todo lo que sus amigos pudieron hacer para evitar un duelo.

Se jugó una broma realmente ofensiva para en un país donde las convenciones son tan rígidas: donde un hombre nunca le hablaría a una amiga en la calle porque la pondría en jaque su posición, aunque la conociera íntimamente desde la niñez como para llamarla por su primer nombre. Tanto Huret como Hammerton hablan de esto y los argentinos a quienes consulté dijeron que todavía existía esta costumbre. Para la protección de la mujer, un hombre nunca debería hablarle, porque si lo hiciera, o bien se pensaría que ella es su esposa o su amante. Como todos se conocen con todos, si un hombre casado le habla a una mujer que está casada pero que no es su esposa, el público concluye que debe ser su amante, y si él no está casado, llegan a la misma conclusión. Recuerdo con qué asombro vi a un amigo / conocido

argentino cruzarse a una calle lateral cuando me vino a venir. Me había prometido unos libros, pero la promesa se le había olvidado y, sabiendo cuánto los quería, por temor de afectar tanto su reputación como la mía si se lo hubiera visto hablándome, su única escapatoria fue desaparecer. Siempre me ha parecido que no era sólo para proteger a las mujeres, sino a sí mismos que los hombres actuaban de ese modo. Porque, ciertamente pone los nervios de punta que todo el mundo tenga siempre presente en sus mentes el tema del sexo.

Por lo tanto, fue un alivio para mí encontrar un joven argentino casado con una europea, quien estaba tan fuera de sospecha que pudo escoltarme desde Buenos Aires hasta su *estancia*<sup>2</sup>, en un viaje de una noche, que implicó cenar y desayunar conmigo en el tren. Cuando le pregunté cómo se animaba a pasar por alto las convenciones, se rió y dijo que siempre lo hacía -y que, aunque la gente debía ser educada- había que empezar a hacer algo para cambiar esas costumbres. Además me aclaró que todos lo conocían. Me hizo dar cuenta cuán libres somos, después de todo, cuando llevamos una vida sin sospechas de los demás. Aquí había un hombre con quién podía transgredir la convención y del que nadie pensaba mal - y por otro lado, había otro que con quien ni siquiera podía ser cortés en la vía pública, debido a las suspicacias.

Esta actitud de los hombres hacia las mujeres en la calle, se encuentra en todos los lugares públicos. Una de las cosas que más llama la atención de un extranjero es la falta de mujeres formando parte de auditorios en general. Ninguna mujer de clase alta se sienta jamás en un asiento que no esté en un palco, excepto en el Colón, el Odeón o algún otro teatro. En el Colón, hay una sección completa separada sólo para mujeres, de modo que las mujeres que no pueden ir con sus esposos o con sus padres, pero que quieren ir a escuchar una ópera, o un concierto o una gala, puedan ir de todos modos. El precio de un palco para ver las mejores películas rondaban los veinte pesos, lo que equivale aproximadamente a ocho dólares. Me pareció escandaloso gastar tanto para tan poco. Los precios para ver buenas obras eran escandalosos. Por ejemplo, las butacas para escuchar

a la orquesta de la Compañía de Brule, que tocaba en el Odeón costaban diez pesos; el palco más barato, sesenta. Tal es el precio de una noche de entretenimiento. Estos precios no son solamente de los teatros, sino también de los libros, lo cual los transforma en un objeto de lujo, cosa muy desalentadora para las personas de ingresos modestos y gusto refinado. Como las mujeres tienen mucho tiempo libre en Buenos Aires, especialmente se hecha de menos que no haya bibliotecas gratuitas o ambulantes a las que valga la pena asociarse. Hay espléndidas bibliotecas de referencia, especialmente una vinculada a la Escuela Práctica de Medicina, y una biblioteca de Derecho en el Congreso, que antes solamente era accesible para los miembros del Senado y de la Cámara de Diputados, pero que gracias a los Socialistas, ahora está abierta a todos. Sin embargo, respecto de bibliotecas de literatura general, no hay nada parecido a lo que tenemos aquí. Unas pocas librerías tienen básicamente novelas-basura.

*La Prensa* también tiene una pequeña biblioteca abierta al público, en la que se pueden encontrar libros estándar, especialmente de arte, ciencia y filosofía. Pero como no les ha parecido necesario actualizar el catálogo desde 1916, se puede rápidamente percibir que cualquiera que desee mantenerse al día se enfrenta con serias dificultades, dado el precio de los libros a menos que sean personas con recursos. Como en muchas otras ramas del comercio, la ganancia en la venta de libros me parece enorme. Cuando dije que me parecía una política equivocada, me dijeron que era esencial ya que las ventas eran pocas y distaban mucho de las que sucedía en otros países. Esto redundaba en un círculo vicioso porque las personas que aman los libros no pueden comprarlos debido a los precios exorbitantes y los vendedores de libros no pueden venderlos a precios más bajos debido a los pocos clientes que tienen.

La temporada de teatro es breve; tan breve, que prácticamente durante ocho meses al año la única recreación que tiene la gente son las películas. Por lo tanto, se va al cine como única forma de esparcimiento o a ver unas pocas compañías y *vodviles* de tercera

<sup>2</sup> En castellano en el original

o cuarta categoría, a los que una mujer decente no puede asistir. Las sesiones de cine de la noche comienzan a las nueve o a las nueve y media, y tienen tres partes, a las que se puede asistir por separado si se desea. Siempre me divertí ver filas y filas de automóviles elegantes estacionados frente a un cine. Había algo absurdo en toda esta ampulosidad y lujo frente a algo tan plebeyo. Como estaba empeñada en contribuir a civilizar a esta buena gente en su actitud hacia las mujeres, siempre intentaba sentarme en los asientos de la platea. Sin embargo, no siempre podía cumplir mi deseo en todos los cine-teatro a los que fui, porque el hábito de los argentinos de galantear a cada mujer que veían lo hacía imposible. Una vez lo intenté, donde un famoso bailarín cerraba cada sección de películas, tuve que cambiar de asiento tres veces en total. Puede verse que si no se tiene el espíritu de una misionera en el corazón, se pierde rápidamente interés por asistir a estos lugares. El Sr. Hammerton habla de esto también. Él no podía sugerir a su mujer que asistiera, porque se sentía incómoda entre tantos hombres y tan pocas mujeres. La primera vez que fui conté el número de mujeres en la sala y había en total once mujeres, sin contarme a mí misma. En una sala de tamaño promedio como las de los pequeños teatros que se ven en Nueva York.

Incluso, durante los cinco meses que estuve allí, la gente comenzó a inclinarse por el cambio; se veían más mujeres que antes en la platea. Pertenecían más bien a lo más representativo de las mujeres que trabajaban. Pero fácilmente puede captarse lo difícil que es este cambio de actitudes, cuando, incluso en las grandes reuniones sindicales, se ve que las mujeres se sientan en palcos y no en las plateas o en reuniones regulares se sientan todas las mujeres al frente y los hombres quedaban detrás, parados o sentados; entonces, se comienza a entender un poco cuán profundamente atadas están todas las clases a la convención de la segregación de los sexos.

Una mujer rusa a la que conocí en una reunión sindical, y que había pasado muchos años en Nueva York, me dijo que yo no tenía idea de cuán atadas a estas convenciones estaban incluso las mujeres

trabajadoras; que le había sido muy difícil persuadir a sus amigas de que era perfectamente adecuado asistir a las reuniones sindicales. No podían entender que esto fuera cierto. Repetían una y otra vez: "Pero solamente las malas mujeres quieren ir a las reuniones de los hombres". No obstante, específicamente en este asunto, el trabajador argentino parece más avanzado que los nuestros, porque parece haber captado el hecho de que solamente uniéndose todos los trabajadores, ya sean hombres o mujeres, será posible mejorar sus propios estándares de vida. Por lo tanto, ellos pertenecen a los mismos sindicatos, pero las mujeres pagan aportes más bajos por que por el mismo trabajo reciben salarios más bajos.

Es muy difícil dar una imagen verdadera de la posición de las mujeres en la Argentina para aquellos que no conocen España. Es casi imposible trasladarse a una época de tales convenciones, que no se han experimentado personalmente, y que contienen tanto de los vestigios de las creencias musulmanas, para quienes una mujer era una posesión que debía apartarse de los otros hombres. Y la Argentina supera a España en ser española.

Es una tierra de tremendos contrastes. El que existe entre las pocas mujeres delicadas y profesionales —mujeres que están a la altura de cualquier gran mujer del mundo— y la joven promedio, cuyo único interés parece ser casarse y lograr lo mejor posible ese objetivo, es mucho más marcado que en otros países.

La argentina de buena posición, que representa a las viejas familias argentinas de varias generaciones, es un ser gentil, encantador y de voz dulce que, sin embargo, tiene poca iniciativa y energía para estar a la altura de las crecientes demandas de la mujer moderna. Resulta hermosa al observarla, con sus grandes y lánguidos ojos oscuros y sus modales delicados.

El *nouveau riche*,<sup>3</sup> en contraste, es agresivo, ordinario y vulgar. Las fortunas se han hecho tan rápido en Argentina, por supuesto con algunas excepciones, que gente de bajo rango y, después de todo, sin las más finas cualidades emula, en general,

<sup>3</sup> En francés en el original



a la aristocracia de los países más antiguos. Así las cosas, mezclarse con los adinerados genera poco placer. No solamente son groseros y vulgares los cuerpos de estos hombres y mujeres, al punto de que a veces se destila repulsión al estar rodeada sólo por esta clase de gente cuando se va a restaurantes y teatros, sino que muchos rasgos mezquinos y detestables les hacen reír, porque los encuentran divertidos. Como, por ejemplo, cuando los niños roban la propina que se le deja al camarero.

Los filósofos de la India creen en una teoría sobre "el cuerpo astral, o el cuerpo que es "vehículo de las emociones" y se degrada al comer carne. Así, aquellas personas que desean vivir en un plano espiritual deben prescindir de ese tipo de comida porque "hace que el cuerpo astral o vehículo de las emociones" se torne vulgar, porque se sigue que "el hombre cuyo cuerpo astral es del tipo más vulgar, estará esencialmente inclinado a las variedades más burdas de la pasión y la emoción...". Esto puede explicar por qué los argentinos en general, que son grandes consumidores de carne, carecen de todas las cualidades delicadas que hacen que la vida del espíritu sea dominante. Porque el menú del argentino promedio es el siguiente: desayuno europeo de café y panecillos, almuerzo entre las once y media y las doce, que consiste en carne fría y ensalada, sopa, y un plato de huevo y macarrones, carne caliente con verdura, postre, fruta y café; la cena, que en general se toma a las ocho y media o nueve, consiste en *bors d'oeuvres*,<sup>4</sup> sopa, pescado, entrada, guarnición, ave, verduras, postre, fruta y café. Todos conocemos las terribles condiciones que había hace unos años, en los corrales de los alrededores de Chicago, las que sólo se modificaron cuando Upton Sinclair, a través de su vívido libro *The Jungle*, enardeció tanto al público — como Mary McDowell dijo—, que fue capaz de lograr en seis meses lo que ella no había podido hacer en veinte años de trabajo en el distrito. C. W. Leadbeater escribe: "Los sentimientos de nerviosismo y depresión profunda, que son tan comunes, se deben mayormente a esa desagradable influencia, que se expande como una plaga sobre la ciudad. No sé cuántos miles de animales se matan cada día, pero el número es muy

elevado. Recuerden que cada uno de esos animales es una entidad definida... Recuerden que cada una continúa emanando sus sentimientos de indignación y horror ante toda la injusticia y el tormento que se les inflige. Reaccionan, la mayoría de las veces, sobre aquellos que son menos capaces de resistir (sobre los niños y las personas sensibles). Esa ciudad es un lugar horrible para criar a los niños, un lugar donde toda la atmósfera tanto física como psíquica está cargada con los vahos de la sangre y con todo lo que ello significa". Seguramente hay mucha gente que se burlará de estas teorías. Aunque me son familiares desde hace años, no me hicieron mella hasta que vine a vivir a Buenos Aires. Había visitado Chicago, y pasé una noche en el asentamiento de la señorita McDowell en los corrales, pero lleva más de unos días de visita tomar conciencia de la atmósfera física. No se pueden probar ciertas teorías fácilmente y, aun así, es posible que den respuesta a una sola cuestión. ¿Por qué sería tan pesada la atmósfera de Buenos Aires? ¿Por qué especialmente las mujeres, que tienen una constitución más delicada, están oprimidas por una depresión cuya única salida son las lágrimas? Tantas mujeres extranjeras casadas con argentinos, y felizmente casadas, me han dicho que a veces quieren llorar sin saber por qué. Se lo adjudican al clima, lo que puede ser correcto, pero esta teoría de los filósofos indios, me parece que explica mejor la causa de la atmósfera depresiva que hace que hace que sea difícil aún para los más fuertes elevarse por sobre un muy bajo nivel de espíritu y de modales. ¿Y por qué debería el europeo medio hundirse en los niveles estándares que encuentran en la Argentina, en lugar de mantener los propios? Encuentro que los hombres, por supuesto con algunas excepciones, que habían venido a hacer fortuna y que, por ser sensibles, habían intentado mantener sus parámetros, se habían vuelto taciturnos y habían envejecido más allá de sus años. Sudamérica tenía un efecto curioso sobre ellos.

Como ya dije, lo importante para la vida de una mujer en la Argentina es casarse, no alcanzar la felicidad. Esta máxima está tan fuertemente arraigada en la mente de una mujer que una vez casada soporta casi cualquier cosa antes que enfrentar lidiar con el

<sup>4</sup> En francés en el original

ostracismo de un divorcio o la desgracia de quedarse solteras. Es un secreto a voces que muchos hombres, casi la mayoría podría decirse, tiene varios hogares. Sin embargo, cuando hace unos años, un grupo de ciudadanos progresistas intentó recolectar firmas para que se aprobara una ley de divorcio, que garantizara el divorcio absoluto, las mismas mujeres cuyos maridos cometían las irregularidades más flagrantes, y cuyos matrimonios no eran sino mera burla vacía, se negaron a firmar por miedo a quedar en el ostracismo. Es muy patético este miedo a quedar aislado del propio grupo. Una está dispuesta a comprenderlo, no obstante comprende cuán poca vida puede ofrecerle a una argentina promedio más allá del hogar. Como una europea casada con un argentino me dijo: "El contraste entre la riqueza de la vida en Europa y lo que es en Argentina es tal que, aún cinco años después, apenas me puedo acostumbrar. En Europa, la vida intelectual es tan vivida que cae como maná del cielo, pero aquí no hay maná para recoger, todo tiene que surgir desde dentro de uno. El círculo es tan pequeño, los intereses tan comerciales, que a menos que uno tenga mentalmente una naturaleza vivida y fuerte, uno se torna superficial como todos los demás. Tampoco se puede culpar a la gente; el ambiente es tan relajante que sólo se puede mantener la rutina social, y eso es mortal para el espíritu. Fuera de la vida social, la vida es muy estéril, excepto para las mujeres profesionales -y qué argentina de recursos es criada para ello-, si su matrimonio fracasa tienen una mente lo suficientemente entrenada para soportarlo?". Para la mayor parte de estas mujeres, el casamiento significa simplemente una hermosa casa, un collar de perlas y muchos hijos. Como me preguntó un caballero norteamericano, que había vivido varios años en la Argentina "¿Qué más quiere una mujer? Mi respuesta fue que algunas mujeres preferirían un esposo fiel y altos ideales para sus hijos". A lo que él respondió "Es tan extraño cómo uno se acostumbra a las cosas...; supongo que uno se acostumbraría al infierno y lo extrañaríamos si alguien nos sacara de ahí". Ese extraordinario poder de la raza humana nos hace capaces de acostumbrarnos al "infierno", porque una se da cuenta de cuántas otras naciones se han mezclado con los españoles; es extraño cómo el hombre promedio de cualquier nación naturalmente se retrotrae a la conveniente actitud de pensar que la mujer es

esclava del hombre. Se acostumbran a ello porque la mujer promedio se conforma con esa posición, y debemos recordar que Sudamérica está mayoritariamente poblada por hombres que vienen a hacer su fortuna, que dejan atrás a sus familias, o bien por jóvenes solteros, que se casan con mujeres argentinas con un punto de vista masculino sobre ellas mismas y sobre la vida.

John Fisher Frase, en su libro *The Amazing Argentine*, describe a las argentinas "entre las mejores madres del mundo". Si la indulgencia en lugar de educación representa a una buena madre, entonces las argentinas pueden reclamar esa posición. Pero me pareció que las argentinas tenían una idea muy confusa de lo que es una buena madre. Me pareció que sobre enfatizan el cuidado físico, aunque incluso en esto permiten que sus hijos coman demasiado y a todas horas del día, que es una de las causas de la baja vitalidad de los niños pequeños en la Argentina y de la alta tasa de mortalidad, ya que el 62 por ciento de los niños mueren. Es bastante patético ver cómo la madre argentina abandonará todo placer personal y dedicará todo su tiempo y energía a su hijo, simplemente para malcriarlo, no para educarlo. No se enseña a los niños ningún tipo de autocontrol, y ni siquiera se los reprime cuando deliberadamente arrojan los vasos de la mesa en un restaurante para su especial diversión. Actualmente, las argentinas tampoco pueden esperar que los hombres ejerciten su autocontrol en asuntos sexuales, cuando sus madres deliberadamente tienen sirvientas bonitas en la casa para el placer físico de sus hijos varones, o los padres pagan todos los gastos manteniéndoles una amante. ¿Cómo pueden aprender a autocontrolarse cuando sus padres viven por encima de sus medios y permiten que sus hijos los acompañen cuando van a pedir adelantos por sus cosechas para pagar deudas previas? La tan mencionada riqueza en la Argentina parecía muy inestable. Los miembros de las grandes firmas de arte y de joyería me dijeron que en sus libros contables tenían cuentas sin saldar por miles y miles de dólares de las así llamadas familias acaudaladas, y se preguntaban si alguna vez las iban a poder cobrar. Y, a pesar de que la aristocracia del dinero era tan pro- Aliados, me dijeron una y otra vez que cualquier familia estaría contenta de que sus hijas se casaran con algún miembro de las familias germano-argentinas, porque de ser así, se asegurarían de que

sus hijas podrían mantener el estilo de vida al que estaban acostumbradas. Entendí lo que quería decir esto cuando fui a una pensión del Ejército de Salvación, donde conocí a una dama argentina que se había hundido en este estado junto con su hija, no por su culpa, sino por falta de educación y por los instintos de juego que su marido nunca pudo aprender a controlar. El juego, creo, es el gran vicio argentino. Está fomentado más que descalificado por la lotería oficial, que se juega cada semana, en la que dos veces por año uno puede ganar medio millón de pesos. Todo esto tiende a exhibir la falta de autocontrol en la vida del joven argentino promedio, y mi argumento era que hasta que la mujer argentina no cambiara su punto de vista, no mejoraría la situación. No se puede ser indulgente con un niño y luego esperar que un milagro lo vuelva virtuoso. La base de la virtud es el autocontrol.

Katherine Fullerton Gerould, en un artículo titulado "The New Simplicity", que apareció el invierno pasado en la *Revista Harper*, habla sobre la actitud hacia el trabajo en los nuevos países. Entre otras cosas dice: "Pero había otra fuerza siempre en funcionamiento. Excepto en aquella parte del país en que al principio se importaban esclavos y donde los mantuvieron tanto como pudieron, más o menos prevalecieron los estándares pioneros. Estamos en un país nuevo; prescindimos, por fuerza, (como en otras colonias) de muchas de las comodidades heredadas. Nuestro amor por la independencia personal (no pienso en términos políticos) era una especie de camuflaje protector. La fuerte simplicidad de la escena pionera alimentó en nosotros el disgusto de ser servidos inoportunamente. Porque teníamos que hacer ciertas cosas por nosotros mismos, desarrollamos la preferencia por hacerlas y el disgusto ante la interposición constante de otro ser humano en los procesos más privados de la existencia". Cito esto porque ella habla de "otras colonias". Esta también era mi idea antes de ir a América del Sur. Pensaba que había un vínculo fuerte que hacía semejantes a todas las colonias, un lazo que surgía del aislamiento del pionero. Pero en Sudamérica sentí que los españoles habían traído consigo el sentimiento

del Este, que los moros habían dejado tan marcado en la civilización española. Su esposa favorita tenía que ser atendida por otros. Entonces, estuve muy interesada en preguntarle a una mujer argentina, que había vivido tanto en el campo como en Buenos Aires, por esas jóvenes sirvientas que uno veía tan a menudo en las casas semi-elegantes y que atendían a *soitrées*<sup>5</sup> que no empezaban sino hasta las nueve y media, cuando deberían estar arropadas en la cama. La mujer se sonrojó al responder: "Oh, tú sabes, somos muy arcaicos aquí. En general, son las hijas ilegítimas del dueño de casa, porque se dieron cuenta de que eran más fieles y las mejores sirvientas, sobre todo en el campo." Todo se remonta a la idea original que ya he mencionado: la tradición de la actitud esclava, debe atenderse a la esposa como a una mujer favorita. Aún hoy hay mujeres argentinas, aunque no todas, que no objetan tener "la constante interposición de otro ser humano", sino que incluso aceptan que las sirva una media hermana de sus hijos. Demandan servicio a cualquier precio y lo obtienen. Imaginen el punto de vista que no encuentra objeción moral alguna en tener esposos o padres que críen sirvientas que los cuiden y aumenten su confort físico. Y naturalmente, a causa de esto, entre las mujeres existen celos como no he visto jamás en otros países.

Me asombró ver cómo se trataba al sirviente promedio. Se exigía que las cocineras, por ejemplo, durmieran en despensas construidas al través, en la mitad de la cocina, que parecían haber sido pensadas para almacenamiento. Eran oscuras y sin ventilación, casi diría armarios amplios, dispuestos a lo ancho de la pared final de la cocina, que, como todas las habitaciones en América del Sur, tiene unos quince pies de alto. Contra la pared de la despensa, había una escalera sobre la que la cocinera debía trepar, y en su interior, un catre. Sin ventilación, con el calor de la cocina subiendo hacia el techo y tornaba el ambiente sofocante. Aquí se esperaba que ella descansara, en un catre sin colchón y solamente con una manta de campo, incluso sin sábanas. Noté que en muchas casas las señoras no le proporcionaban sábanas a la servidumbre, porque las consideraban un

<sup>5</sup> En francés en el original



---

lujos innecesarios. Y sin embargo, en este Mundo del Revés en más de un sentido, hay un sindicato que agrupa a todo el personal doméstico. En Buenos Aires, los salarios son mucho más bajos que en Nueva York, aunque antes de la guerra era al revés. La causa de este cambio no la puedo explicar. La respuesta superficial que me daban era la guerra. Pero por qué nosotros, en Norte América, sufríamos la falta de personal de servicio, mientras que en Sudamérica abundaba en los últimos cuatro años. Fue una de las preguntas para las cuales no pude encontrar respuesta.

La convención, no la moralidad, es, hoy día, la fuerza del poder de la mujer promedio en la Argentina. Cuando esta actitud se expande, se vuelve un peligro para el desarrollo del país. Muchos creen que es la influencia de la Iglesia Católica la que ha traído consigo esta actitud general. Aun los católicos fervientes de otros países quedan impactados ante la condición de la Iglesia Católica tal y como existe allí hoy. Parece que la Iglesia al ser estatal trabaja para perjudicar tanto los mejores intereses del Estado como los de la Iglesia; porque parece que Roma no puede interferir con la designación de preladados cuando la Iglesia es del Estado. Yo, que siempre he admirado las finas cualidades de la Iglesia Católica, me sorprendí al encontrar que en la Argentina muchas de las condiciones existían para que el protestante medio estuviera en su contra. La aceptación de la inmoralidad de los sacerdotes es sorprendente. Conozco muchas católicas fervientes que no se atrevían a confesarse debido a lo que se les decía allí, y de otras que se habían vuelto ateas a causa de su primera experiencia en el confesionario cuando eran niñas. Los comentarios cínicos que se hacían respecto de la cercanía de los monasterios y de los conventos -ya que donde se

encontraba uno, se encontraba el otro- producían asombro y hacían que uno se diera cuenta por lo comentarios de la gente distinguida de cuánto se había hundido la Iglesia. Recordé el impacto que sentí en Roma, cuando un sacerdote que me quería convertir al Catolicismo me dijo, cuando yo aduje la usual ruptura del voto de castidad entre los sacerdotes, que un cura no tomaba votos de castidad sino de celibato. Tales distinciones, que solo pueden conducir a la desintegración y la inmoralidad, se encuentran en la Argentina.

Le conté a un fervoroso católico de Norte América, que había pasado siete años recorriendo Sudamérica, las condiciones en que yo había encontrado la Argentina, y le pregunté cómo era que el Papa permitía que persistieran. Me explicó que Roma no podía interferir cuando la Iglesia dependía del Estado. Enfatizó la tragedia que representaba para Roma esta actitud del Estado, ya que el grueso de la cultura de Sudamérica había sido traída por los jesuitas. Muchos países sudamericanos prohíben actualmente que se envíen nuevos hombres. Como el hombre que aspira a cura en América del Sur rara vez es de lo mejor, porque los hombres capaces, en general se dedican a los negocios, y como el Estado no permite que entre nueva sangre y nueva cultura, esto implicará la desaparición gradual de la cultura de aquellos distritos cuya población es demasiado escasa como para que la gente culta se asiente allí. El aislamiento y las distancias son tales que nunca atraerán a personas cultas, salvo que se trate de misioneros. Esto quiere decir que el mercantilismo se abrirá paso a menos que suceda algo inesperado y que el espíritu del mercantilismo reciba su cheque también.

Traducción y selección de María Paula Luciani